

ÀNGEL CASTIÑEIRA Y JOSEP M. LOZANO

Derrota sutil

Uno de los libros emblemáticos de Pere Calders lleva por título *Invasió subtil*. Pues bien, creemos que en los últimos años se ha producido en Catalunya una derrota sutil: el discurso sobre el voluntariado ha canibalizado al del compromiso. Por eso en nuestra atmósfera cultural es compatible un cierto reconocimiento por el voluntariado y lo que éste aporta con una cierta aversión al compromiso y lo que éste comporta.

Nada de lo que decimos debe considerarse un juicio de valor sobre las personas que llevan a cabo tareas admirables sintiéndose voluntarias. Se trata de una consideración sobre lo que nos parece un cambio cultural significativo en relación con la manera como narramos y compartimos lo que hacemos.

El término voluntariado remite a una actitud personal, tan personal que apela fundamentalmente a la voluntad del sujeto que, a partir de sus capacidades, posibilidades y deseos, se muestra dispuesto a hacer algo por los demás de manera libre y voluntaria. Los motivos, ideas o creencias que lo impulsan pueden ser de lo más diverso, y remiten a actitudes y valores, también diversos, a los que apelar: altruismo, compasión, benevolencia, preocupación social, solidaridad... Pero todos ellos desembocan al fin en la formulación que lo condensa todo en "lo hago porque quiero", hasta el punto de que hablamos no sólo de realizar un determinado tipo de actividades, sino de ser voluntario.

Pero la idea de voluntariado también puede sugerir una cierta arbitrariedad voluble. Como si ser voluntario dependiera de lo que a uno le apetece, de unos gustos y una energía que pueden acabar tan sorprendentemente como empiezan. O como si fuera una alternativa más que considerar en algunas épocas muy específicas de la vida. Más aún, como se trata de mi soberana voluntad, se sugiere que el criterio para fijar mi vinculación no es otro que la correspondencia que percibo entre lo que hago o me ofrecen y mis propias expectativas. No en balde se ha hablado también de la existencia de un *voluntariado zapping* que, en definitiva, consiste en ir libando gratificaciones altruistas volando de actividad en actividad. Es un tema recurrente la preocupación por la rotación del voluntariado, constatada la desproporción entre las tasas de captación y las de permanencia. De hecho, es sintomático que tenga una mayor visibilidad un voluntariado vinculado a sucesos o acontecimientos acotados en el tiempo, a menudo con una fuerte repercusión mediática, en los que las acciones de voluntariado permiten degustar un cóctel muy apreciado en nuestra posmodernidad líquida: una alta intensidad emocional mezclada con una baja vinculación temporal, la participación sin implicación.

ÀNGEL CASTIÑEIRA y JOSEP M. LOZANO, profesores de Esade



JOAN CASAS

DEBERÍAMOS

preguntarnos hasta qué punto nuestra época propicia el aprendizaje de la incapacidad para el compromiso

tecimientos acotados en el tiempo, a menudo con una fuerte repercusión mediática, en los que las acciones de voluntariado permiten degustar un cóctel muy apreciado en nuestra posmodernidad líquida: una alta intensidad emocional mezclada con una baja vinculación temporal, la participación sin implicación.

No es de extrañar, pues, que se haya postulado la existencia de un individualismo solidario, en el que la solidaridad está al servicio del desarrollo personal o de una búsqueda de autenticidad. De ahí, también, que el voluntariado tenga tanta fuerza ejemplarizante como debilidad interpeladora: si el punto de

apoyo es fundamentalmente el ejercicio no retribuido de mi voluntad, lo más importante es poder elegir, y resulta secundario lo que se elige, porque la única pregunta que hacerse es qué hago con mi tiempo y mis capacidades. La pregunta principal es qué quiero hacer, no el contenido de lo que hago.

Vivimos unos tiempos en que parece que es tan importante tener relaciones como evitar compromisos. De hecho, la misma idea de compromiso se presenta a menudo como una trampa o un riesgo que evitar, mientras se exhibe la importancia de tener relaciones. La apología del *networking* es indisociable de la resistencia ante cualquier sospecha de estabilidad de los vínculos. Con el riesgo añadido de construir un capital social frágil.

Hoy se habla mucho de aprendizaje y de desarrollo de competencias, pero nos olvidamos de que también se aprende a ser incapaz, aunque este aprendizaje no sea objeto de enseñanza. Y deberíamos preguntarnos hasta qué punto nuestra época está propiciando el aprendizaje de la incapacidad para el compromiso. Porque el compromiso supone, evidentemente, decisión personal; pero una decisión personal en la que ocupa un lugar determinante la vinculación a un nosotros compartido. El compromiso supone un itinerario que me implica personalmente, pero sin que yo tenga que ser el centro de referencia de este itinerario. El compromiso exige

la seriedad de un vínculo estable en el tiempo y arraigado en un territorio, una opción por una cierta excelencia personal y la identificación interiorizada con algunos ideales sociales. En definitiva, el compromiso supone la involucración en la construcción de un proyecto, de un proyecto cuya clave no es tanto que sea mi proyecto cuanto que sea un proyecto compartido. De ahí que esto suponga la aceptación de una referencia que se sitúa más allá de mí mismo, que exige el cuidado atento y responsable de los vínculos que hacen posible el proyecto, que da sentido a mis esfuerzos y, perdón por la palabra, también al eventual sacrificio de algunas prioridades personales.

No pretendemos contraponer voluntariado y compromiso, entre otras razones porque el voluntariado puede ser una etapa hacia el compromiso. Simplemente nos preguntamos por la relación que puede darse entre el éxito cultural e institucional de la idea de voluntariado y el descrédito, al menos aparente, de la idea de compromiso. Entre otras razones porque la manera como nos narramos a nosotros acaba configurando lo que hacemos y lo que somos.●

LLUÍS FOIX

Una bomba de relojería

Las corrientes migratorias han configurado la historia de los pueblos. No hay fotos fijas ni situaciones estáticas en ningún Estado del mundo. Incluso aquellos países que se rigen por el derecho de sangre como Israel han evolucionado con la inmigración de judíos de todos los rincones de la Tierra que han aportado su larga historia cultural desde que empezó la diáspora a partir del siglo primero.

El siglo pasado conoció un masivo trasiego de hombres y mujeres de un lugar a otro del planeta. Por motivos raciales, ideológicos, políticos y económicos. Estados Unidos es el ejemplo más emblemático de cómo se construye un gran país multiétnico y multicultural con la inmigración que ha ido conformando la nación en poco más de doscientos años.

La crisis de la patata en Irlanda diezmo la pequeña isla céltica a finales del siglo antepasado, con cientos de miles de irlandeses que huyeron a América empujados por la miseria. A medida que Rusia iba ensanchando su imperio, los rusos ocupaban los territorios habitados por una población autóctona multisecular.

Al caer el imperio soviético con el colapso del comunismo, más de un millón de rusos emigraron a Israel por razones políticas, económicas o nacionales. Miles de alemanes regresaron a su patria y otros tantos rusos volvieron a su país.

La emigración ha podido ser legal o ilegal, por razones políticas o económicas o, simplemente, por motivos académicos o empujados por los movimientos del mercado. Las guerras han desplazado a millones de personas. Se calcula que en la actualidad hay doscientos millones de hombres y mujeres en el mundo que viven muy lejos de su lugar de nacimiento.

La inmigración que está penetrando en nuestro país no tiene precedentes en la historia reciente. Más del diez por ciento de nuestra población real ha sobrevenido en pocos años. Las trágicas imágenes de pateras desde las costas africanas a Canarias señalan que el proceso sigue en curso.

Cuando acaben las discusiones patrias, es urgente que los gobiernos central y autonómicos se pongan a trabajar en esta realidad, que es una bomba de relojería si no se actúa a tiempo.

Hay que tener en cuenta dos puntos de vista, a mi juicio, básicos. Primero, no podremos estar tranquilos si todos los que viven y trabajan aquí no gozan de todos los derechos políticos y sociales. Segundo, hay que trabajar con la comunidad internacional para frenar este trasiego de personas que no podremos asumir sin graves problemas para los que estamos aquí y para los que vayan llegando.●

DEBATE La producción de energía / FRANCESC MORATA Y ÀLEX MUNS

Opas, nacionalismos y energía

La integración europea se ha jugado desde siempre en el frente económico. La persistencia de los proteccionismos estatales hizo que se tardara más de treinta años en dismantelar los principales obstáculos no aduaneros para dar nacimiento al mercado interior. Ahora estamos asistiendo a una verdadera batalla proteccionista en el sector energético.

El Gobierno español, en nombre del interés nacional y aun a costa de incumplir la normativa europea, está tratando de frenar la opa sobre Endesa por parte de E.ON, gigante energético alemán que, a su vez, absorbió a su competidora Ruhrgas

con el apoyo de Schröder. En Francia, el primer ministro Villepin anunciaba hace poco, a bombo y platillo, la fusión entre Suez y la pública Gaz de France para prevenir una eventual opa sobre Suez por parte del monopolio eléctrico italiano Enel, con mayoría de capital público. Berlusconi ha puesto el grito en el cielo, solicitando a la Comisión Europea que tome cartas en el asunto. Sin embargo, antes, su Gobierno no había tenido ningún empacho en aprobar una ley con el objetivo de impedir la entrada de Électricité de France en el mercado italiano.

Lo cierto es que la política energética común, prevista en el tratado de Roma de 1957, sigue siendo una enelequia. Los gobiernos, en nombre de los intereses nacionales, no se han mostrado nunca dispuestos a ceder poder regulador sobre este sec-

tor. Ni siquiera disponemos aún de una verdadera red europea de intercambios eléctricos que evite los apagones en momentos de máxima demanda. La liberalización del mercado eléctrico, iniciada en los años noventa, no ha ido más allá de un grado variable de privatización que, en la mayoría de los casos, se ha traducido en la creación de oligopolios nacionales que han aumentado los precios y acumulado beneficios en detrimento de los consumidores y de los demás sectores económicos, cerrando la entrada de nuevas empresas.

Cara a la liberalización del suministro eléctrico y del gas prevista para el 1 de julio del 2007, los grandes operadores están moviendo sus fichas, apoyados por los respectivos gobiernos, con el objetivo de consolidar sus mercados nacionales y adueñarse de nuevos a escala euro-

LO QUE SE

necesita es una política

energética común,

inspirada en la libre

competencia

pea e internacional (como en el caso de Endesa). Además, la mayor parte de las empresas pretenden ofrecer el doble servicio de gas y electricidad. El nuevo discurso favorable a la energía nuclear no es ajeno a estos movimientos. Los recursos energéticos no renovables serán, por definición, cada vez más caros y difíciles de conseguir, con el peligro añadido de la inestabilidad política de

los países productores o de los chantajes energéticos como el practicado recientemente por Putin sobre Ucrania e indirectamente sobre Europa. Al mismo tiempo, el protocolo de Kioto exige una costosa adaptación tecnológica. Para todo ello, se necesitan grandes inversiones y empresas más eficientes.

Ante estos retos, resulta absurdo seguir con políticas nacionales de gestión de la energía. El *patriotismo económico* de algunos gobiernos puede generar réditos electorales, pero es contrario a la racionalidad económica y a los intereses de los consumidores. Lo que se necesita es una política energética común, con unas reglas del juego transparentes, inspiradas en la libre competencia y en la sostenibilidad energética. Así es como se construye el futuro de Europa.●

F. MORATA, *director del Institut Universitari d'Estudis Europeus (UAB)*
À. MUNS, *coordinador del àrea Europa (Cidob)*